

UN LEXICÓGRAFO DE LA GENERACIÓN DE CERVANTES
(NOTAS SOBRE EL *TESORO* DE COVARRUBIAS)*

1. Según la escala de las generaciones establecida por Julián Marías, Cervantes pertenece a la de los nacidos en torno a 1541, es decir, entre 1534 y 1548; y como miembros más ilustres de esa generación, el mismo escritor menciona a «don Juan de Austria, bajo cuyas banderas luchó Cervantes en Lepanto»; la «figura política confusa, turbia e inquietante» de Antonio Pérez; «el poeta Fernando de Herrera, el místico fray Juan de los Ángeles, el historiador Juan de Mariana, el músico Tomás Luis de Victoria, el Greco, San Juan de la Cruz, el autor dramático Juan de la Cueva, Mateo Alemán, el gran teólogo y filósofo Francisco Suárez, el Pinciano, autor de la *Filosofía antigua poética*, el lexicógrafo Sebastián de Covarrubias» (Marías, 1973: 16-17).

Comenta Marías que, de toda esta pléyade, los que son escritores lo son *antes* que Cervantes, cuya producción (exceptuada *La Galatea*) coincide cronológicamente con la de los escritores de la generación siguiente, los nacidos alrededor de 1556: Lope de Vega, Góngora, Espinel, los Argensola (Marías, 1973: 17). Cervantes crea y publica sus obras entre 1605 y 1616: ya después de «su tiempo».

* [Publicado en *Instituto de Bachillerato Cervantes, Miscelánea en su cincuentenario, 1931-1981*, Madrid 1982, 229-43].

Pero no todos los compañeros de generación de Cervantes producen sus obras más o menos dentro de la etapa de «vigencia» (sigo utilizando la terminología de Marías) correspondiente al grupo. Hay por lo menos uno que acompaña al novelista en lo tardío de su aparición: Sebastián de Covarrubias, nacido en 1539, ocho años antes que el autor del *Quijote*, dos años antes de la fecha eje de la generación.

Si la parte más significativa de la obra de Cervantes no empieza a aparecer antes de los cincuenta y ocho años de edad de su creador, cuando este entra en lo que entonces era ya la vejez, toda la producción conocida de Covarrubias — los *Emblemas morales* (1610) y el *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611)¹ — se publica cuando su autor ya ha cumplido los setenta años; cuando no tiene, dice, «ni edad ni salud para andar caminos»².

Ahora bien, si el carácter tardío de la obra de Cervantes (o «póstumo» con respecto a su tiempo) es, para Marías, una clave que explica en buena medida la singularidad de esa obra, ¿podremos decir que, paralelamente, existe algún vínculo entre la paternidad otoñal de Covarrubias y la peculiaridad de su *Tesoro*?³

2. Examinemos, para empezar, cuál fue el propósito de Covarrubias al componer su diccionario. Él lo expone en su dedicatoria al rey Felipe III:

La buena memoria de Filipo Segundo, padre de V. M., hizo gran diligencia para que las obras del glorioso San Isidoro, doctor de las

¹ Inéditas hay otras dos obras: *Los sermones de Quinto Horacio Flacco Venusino traducidos en lengua castellana* (cf. Nicolás Antonio, 1672: II, 279, y Menéndez Pelayo, 1902: 23; menciona esta versión y da una muestra de ella el propio Covarrubias, *Tesoro*, s.v. *citar*), y el *Suplemento del Tesoro*, autógrafo que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. No parece haber rastro de un *Tratado de cifras*, que Covarrubias dice tener escrito (*Tesoro*, s.v. *cifra*). (Cito siempre el *Tesoro* por su primera edición, Madrid 1611).

² «Respuesta a la carta del Licenciado Don Baltasar Sebastián Navarro de Arroyta», en los preliminares del *Tesoro*.

³ Sobre la vida de Sebastián de Covarrubias, v. Ángel González Palencia (1942: 285-406). Sobre el *Tesoro de la lengua castellana o española*, v. el excelente prólogo de Martín de Riquer a su edición del *Tesoro* (1943) y Samuel Gili Gaya (1960: 11).

Españas, se corrigiessen y emendassen por diuersos originales y de nueuo se imprimiessen con mucha curiosidad, porque gozásemos de su singular y santa dotrina y particularmente de sus Etimologías Latinas, sin embargo de que antes de el santo doctor auían otros tratado el mesmo argumento y, después de él, muchos modernos. Sospecho yo que, si alcançara Su Magestad, que santa gloria aya, ser cosa possible colegir las de su propia lengua castellana, que no con menos cuydado lo apeticiera y procurara executar; pero hasta agora ninguno se ha atreuido a esta empresa; y los que lo han intentado, vencidos de vn trabajo inmenso, han desistido della, por la mezcla de tantas lenguas de las quales consta la nuestra. Yo, con el desso que he tenido y tengo de seruir a V. M., he porfiado en este intento, hasta que Dios ha sido seruido llegasse a verle el fin, al cabo de muchos trabajos, de los quales la obra dará testimonio, a costa de mi salud y sossiego.

La intención es, pues, componer un diccionario etimológico, emulando con él en la lengua española lo que para la latina había hecho San Isidoro. El propósito se corrobora en la dedicatoria al lector y se confirma en la *Carta* de Baltasar Sebastián Navarro de Arroita con que se abre el libro, y que se refiere a él como «esta obra de las Etimologías». También en los preliminares, los versos latinos del canónigo Pedro de Frías van dirigidos «*in librum de Hispanae linguae Etymologiis*». Y en el contrato entre Covarrubias y el impresor Luis Sánchez (agosto de 1610), el escribano designaba el libro como «Etimologías, digo, Tesoro de la lengua castellana» (Pérez Pastor, 1906: 198).

Covarrubias corona así una tradición no muy larga de etimologistas del español, iniciada en 1565 por Alejo de Venegas, con la *Declaración de algunos vocablos* puesta como apéndice en su *Agonía del tránsito de la muerte*, y seguida por las *Etimologías españolas* (c1570) atribuidas al Brocense; la *Recopilación de algunos nombres árabigos* (1593), de Diego de Guadix; el *Vocabulario etimológico* (1600), de Bartolomé Valverde; el *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana* (1601), de Francisco del Rosal, y *Del origen y principio de la lengua castellana* (1606), de Bernardo de Aldrete. Es esta última, sin duda, la obra más importante

de la serie, y no es imposible que su aparición fuera uno de los estímulos que impulsaran a Covarrubias a componer la suya. Es evidente que Covarrubias conocía el libro de Aldrete (lo cita expresamente, s.v. *Cáliz*). Es precisamente en el año en que se publica ese libro cuando, según Riquer (1943: viii), comienza Covarrubias la redacción del *Tesoro*, con la ambición de superar no solo a aquel, sino a todos sus predecesores. De todos modos, no hay que olvidar que el mismo Covarrubias declaraba, no más tarde de 1609, haber invertido «muchos años» en la elaboración de su diccionario, que seguramente estaba terminado ya en esta fecha⁴.

No se atiene nuestro autor, sin embargo, a la dirección marcada por Aldrete a los estudios etimológicos, que señala decididamente el fundamento latino de nuestro léxico. Se alinea, en cambio, en la tendencia, muy generalizada en el siglo anterior, de considerar el hebreo como lengua madre universal: «No ay lengua —dice— que no aya tenido origen de la hebrea»⁵. Y así, lógicamente, no vacila en señalar étimo hebreo incluso a voces indígenas americanas, como *Araucana* y *cacique*⁶.

⁴ «El architecto, auiendo de hazer vna gran fábrica, abre profundas çanjas, y en el henchar de los cimientos gasta mucho tiempo y consume gran cantidad de materiales, sin que todo esto luzga ni se eche de ver hasta llegar a la flor de la tierra, que asienta su sillería que carga con seguridad la soberuía máquina de altos muros y fuertes torreones. No sucede menos al que en su imaginación, con fuerza de ingenio, fabrica alguna obra, parto del entendimiento, como yo lo he experimentado en mi Tesoro de la lengua española, en que he trabajado muchos años hasta ponerlo en estado que pudiesse salir en público» (Covarrubias, *Emblemas morales* (1610), fol. 145v.^o). La censura de esta obra es de 29 de agosto de 1609; el pasaje citado no puede ser posterior a esta fecha.

⁵ *Tesoro*, s.v. *bada*.

⁶ Véase el artículo *cacique*: «Vale tanto, en lengua mexicana, como señor de vassallos, y entre los bárbaros aquel es señor que tiene más fuerzas para sujetar a los demás. Y presupuesto que los que poblaron el mundo después del diluio, diuidiéndose en la confusión de lenguas al fabricar la torre de Babel o Babilonia, cada nación de las que se apartaron lleuaron consigo algún rastro de la lengua primera en la qual auían todos hablado y quedó con Heber y su familia, de donde procedieron los

En el terreno lingüístico, su base científica no es, pues, ni muy moderna ni muy sólida para su tiempo. Considera suficiente equipaje para la tarea su conocimiento del latín, el griego y el hebreo, además de su cultura humanística. Para él, aunque no lo declare, como para sus predecesores y para muchos de sus herederos, la etimología es cuestión de ingenio; es, como dirá Quevedo años más tarde, «cosa más entretenida que demostrada» (1626: 319).

Lo que más valor da a su libro, a los ojos de Covarrubias, es el hecho de constituir la colección más extensa, hasta el momento, de etimologías de la lengua española. Este orgullo le incita a darle el nombre de *Tesoro*, «por conformarme con las demás naciones que han hecho diccionarios copiosos de sus lenguas». La denominación —que tiene quizá su primera muestra en el *Tesoro* de Brunetto Latini (c1260)— había sido usada, en efecto, por la lexicografía europea, especialmente francesa, para designar diccionarios bilingües o plurilingües cuya riqueza se ponderaba: el *Dictionarium seu Latinae linguae thesaurus* (1531), de Robert Estienne; el *Thesaurus linguae Graecae* (1572), de su hermano Henri; el *Thesaurus linguarum* (c1600), de H. Decimator; el *Thresor de la langue françoise* (1606), de Jean Nicot —sobre el que volveremos después—, y otros⁷.

Covarrubias no es el primero que usa entre nosotros el nombre de *Tesoro*. Se le había adelantado Bartolomé Bravo en su *Thesaurus verborum ac phrasium* (1597) (cf. Antonio, 1672: I, 89). En cuanto a épocas posteriores, salvo dos manuscritos inéditos inspirados más o menos en aquel (el *Tesoro de la lengua castellana abreviado*, anónimo del siglo xvii, y el *Tesoro de la lengua castellana*, de Juan de Ayala Manrique, comenzado en 1693 e interrumpido en la letra C), recuerdo cuatro *Thesaurus* españoles inscritos en la tradición europea de los bilingües y plurilingües: el de Sumarán (1626), el de Salas

hebreos; y así, digo que este nombre cacique puede traer origen del verbo hebreo [...] *chazach*, *robore*, y de allí [...] *chezech*, *fortitudo* & *fortis*».

⁷ Cf. B. Quemada (1968: 159, 164 y 569 y ss.). Sobre el eco en Italia del nombre de «Tesoro», véase B. Migliorini (1961: 85).

(1654), el de Henríquez (1679) y el de Requejo (1717)⁸. Sin contar, ya en nuestro tiempo, con el *Tesoro lexicográfico*, de Samuel Gili Gaya, en que el título es precisamente un homenaje a las primeras obras que lo llevaron. Pero tiene el diccionario de Covarrubias la originalidad de que es el único monolingüe, dentro de la tradición lexicográfica europea, que lleva el nombre de *Tesoro*, a no ser que consideremos también monolingüe el *Thresor* de Nicot, opinión que, como veremos luego, no me parece defendible.

La idea de este diccionario etimológico español tiene como trasfondo una vieja preocupación renacentista: la defensa e ilustración de las lenguas nacionales. Bien explícita es en este sentido la citada dedicatoria a Felipe III:

De este [Tesoro] no solo gozará la [nación] española, pero también todas las demás, que con tanta codicia procuran deprender nuestra lengua, pudiéndola agora saber de raíz, desengañados de que no se deue contar entre las bárbaras, sino ygualarla con la latina y la griega y confessar ser muy parecida a la hebrea en sus frasis y modos de hablar.

En otro lugar nos parece — en un salto atrás de tres cuartos de siglo — estar oyendo a Juan de Valdés:

Con tanta autoridad y grauedad se puede alegar el diuino Garcilasso en comprouación de la lengua española como Virgilio y Homero en la latina y griega; y qualquier romance viejo o cantarillo comúnmente recebido; y assí, yo no me desdeño quando viene a propósito de alegarlos por comprouación de nuestra lengua. (*Tesoro*, s.v. *cerca*).

⁸ Sobre Sumarán, cf. Gallardo, *Ensayo* (1863-1889: IV, cols. 654-56) y Viñaza (1893: cols. 2045-2051). Sobre los otros tres autores, cf. S. Gili Gaya (1960: 17-24). La fecha de Salas, según Gili, es 1671; pero Nicolás Antonio (1672: II, 235) registra una edición anterior de Valladolid, 1654. Español es también, aunque no se refiere a la lengua castellana, el *Thesaurus catalanlatinus* de Pere Torra (1640).

Aprecio de la poesía clasicista por un lado, aprecio de lo popular por otro; también, en ocasiones, de los escritores cultos de la Edad Media, como don Juan Manuel o Juan de Mena⁹. En el lado opuesto, desprecio de los poetas «que oy día se vsan en la Corte», por ser «hombres sin letras, sin entendimiento, puros romancistas» (es decir, desconocedores de las lenguas clásicas):

Estos han infamado la poesía de manera que los hombres que pudieran ilustrar la lengua española con la imitación de los poetas latinos y griegos no osan publicar sus trabajos, porque no los juzguen por liuanos y de poco juyzio, como son los que comúnmente se admiten. (*Tesoro*, s.v. *cuervo*).

De acuerdo con ese ideal de ilustración, escribe para los doctos, para los que dominan las lenguas de la antigüedad, o al menos el latín. Ya en la advertencia al lector es bastante expresivo:

La diuersidad de los orígenes me ha forçado a no poder dexar igual la letura desta obra, en forma que todos gozassen enteramente della, por auer de acudir a sus fuentes y auer de vsar de sus propios caracteres en la lengua griega y la hebrea [...]. Cada vno tomará lo que pudiere, según su capacidad: al romancista le queda mucho de que pueda gozar, creyendo lo demás *in fide parentum*; y el que supiere latín descubrirá más campo; y los que tuuieren alguna noticia de la lengua griega y hebrea juzgarán desta obra con más fundamento.

En el cuerpo del diccionario se muestra más inexorable. No solo cita siempre a las autoridades clásicas en su lengua original, sin preocuparse de traducirlas, sino que excluye textualmente de sus lectores — y encima con burla — a quienes no sean latinistas (cf. Riquer, 1943: VIII):

⁹ Cf. Riquer (1943: x). Sobre el aprecio de lo popular, véase este otro pasaje: «Con ninguna cosa se apo[y]a tanto nuestra lengua como con la que vsaron nuestros passados, y esto se conserua en los refranes, en los romances viejos y en los cantarillos triuiales; y assí, no se han de menospreciar, sino venerarse por su antigüedad y sencillez; por esso yo no me desdeño de alegarlos, antes hago mucho fuerça en ellos para prouar mi intención» (*Tesoro*, s.v. *argolla*).

Presupongo que los que este libro leyeren por lo menos saben latín, y assí, no lo romanceo [el texto de Horacio que he citado], porque sería trabajo perdido. *Qui potest capere, capiat.* (Tesoro, s.v. abril).

Referiré sus versos [de Ovidio] en latín; entenderálos el que lo supiere; los romancistas busquen quien se los declare, que yo no escriuo para ellos. (Tesoro, s.v. celoso).

Esto [mi explicación] he puesto en latín por más claridad; los romancistas tengan paciencia. (Tesoro, s.v. sátira).

Su dominio de las lenguas clásicas va unido al del hebreo, como en Fray Luis de León; e, igualmente, su familiaridad con los poetas y con los didácticos grecolatinos y con los humanistas de toda Europa convive con un extenso conocimiento de los padres y doctores de la Iglesia y de los tratadistas católicos de la segunda mitad del siglo xvi. Al mismo tiempo, es lector de los poetas italianos que los españoles han llegado a asimilar a los clásicos de la antigüedad. Un bagaje, pues, típico de un humanista de la Contrarreforma, es el que Covarrubias pone a contribución constantemente, a lo largo de su diccionario, al servicio de sus etimologías.

3. ¿De qué método se ha valido para ejecutar su proyecto? Evidentemente, Covarrubias no ha aprendido muy bien la lección de rigor metodológico que, más de cien años atrás, dio Nebrija a los lexicógrafos. Sorprende un poco que alguien haya dicho en serio que el Tesoro «es el primer diccionario de nuestro idioma hecho con criterio científico» (Hurtado / González Palencia, 1932: 731). Para empezar, no se preocupa de establecer o uniformar su propia ortografía: su apellido mismo es en la portada *Cobarruuias* y en la dedicatoria *Couarruuias* (mientras que en los *Emblemas morales* era *Couarrubias*). En la advertencia al lector, a pesar de su papel de etimologista, manifiesta su preferencia por las grafías fonéticas sobre las etimológicas:

No se deue nadie escandalizar de que las dicciones de mi libro se escriuan como suenan [...]. Philipo no se ha de buscar en la letra ph,

sino en la f; Gerónimo, en la G y no en la H; tema, en la T y no en la th, & sic de caeteris.

Aunque este es el único principio ortográfico que formula, ni siquiera lo cumple siempre (escribe, por ejemplo, *anathema, coryptheo, hierarchía, hydropesía/hidropesía*). La oscilación gráfica, en todo caso, es general a lo largo de todo el libro, reflejando a veces vacilaciones fonéticas (*ignorante/inorante, lector/letor, baxilla/vaxilla, Balbastro/Balvastro, Almonazid/Almonazi, azavache/açabache, avispa/abispa, auieso/auieso, basa/baça, pigüelas/pihuelas*).

El orden alfabético está lleno de tropiezos, a los que ayuda no poco la inestabilidad gráfica. El mismo autor se confunde, y llega a redactar dos veces una misma entrada (así en *abaxar, acción, aladares, almalafa, Balbastro*, etc.). A esta confusión contribuye la falta de un criterio firme en la agrupación de familias léxicas bajo una misma entrada: si con *abaxar* incluye *baxo, bagío [sic], altibaxo, baxeza y baxada*, en cambio separa *abad* y *abadesa*, poniendo dentro de este último artículo *abadía* y *abadengo* (definidos en función de 'abad' y no de 'abadesa'); o dedica tres entradas diferentes a *abadejo*, 'pesca-do', 'ave' y 'escarabajo'. No es extraño, por tanto, que *balancín* aparezca dos veces definido: en *abalanzar* y en *balanza*; o que llegue a redactar un artículo (*bastón*) como simple posdata a lo dicho en otra entrada del folio anterior (*basta*) sobre la misma palabra; o que haya remisiones perdidas (*atribulado* remite a *atribulación*, que no existe, como tampoco *tribulación*).

Tampoco se observa regularidad en la microestructura. La información contenida en el artículo es, o puede ser, juntamente lingüística y enciclopédica. Dentro de la información lingüística podremos tal vez encontrar: a) definición de la palabra-guía en sus varias acepciones; b) autoridad literaria; c) equivalencia latina; d) etimología propuesta (a veces, después de la discusión de varias posibles); e) fraseología; f) familia léxica, principalmente derivados. En esta vertiente lingüística llama la atención la ausencia de toda indicación gramatical

sobre las voces estudiadas¹⁰. Dentro de la información que con un criterio amplio llamaríamos enciclopédica pueden figurar: *a)* descripción o explicación sobre el «referente» u objeto del artículo; *b)* textos informativos o ilustrativos, ya de carácter doctrinal, ya literario, antiguos o modernos, generalmente latinos; *c)* simbología; *d)* consideraciones y juicios morales; *e)* anécdotas y curiosidades, algunas de experiencia directa; *f)* bibliografía adicional. Pero muy rara vez están presentes todos estos abigarrados elementos, y la presencia o ausencia de cada uno de ellos es muy variable. Sin duda, los más constantes son la etimología y la definición, aunque tampoco de un modo absoluto¹¹; el más raro, la autoridad de uso¹². Por otra parte, el orden en que se presentan es bastante variable, y solo se puede decir con moderada generalización que el primer lugar está ocupado por definición y etimología. Es habitual que cualquier aspecto ya tratado dentro del artículo sea retomado después de exponer otro u otros¹³. Incluso la sintaxis de la exposición es espontánea y despreocupada¹⁴, a tono con

¹⁰ Hay que señalar que tampoco ofrece todavía estas indicaciones el *Vocabulario de la Crusca* (1612).

¹¹ Se dan casos en que Covarrubias omite la etimología, por más que esta sea la materia declarada de su diccionario. En unos no se sabe si es debido a olvido o a ignorancia (p. ej., en *carpir* o en *langaruto*); en otros, seguramente, porque el étimo es obvio (p. ej., en *clausura*, *claustró*, *cláusula*, *clave*). Muy pocas veces confiesa desconocimiento total. Así, en *caymán*: «vn pez lagarto que se cría en las rías de Indias y se come los hombres que van nadando por el agua; y por ser el nombre de aquella lengua bárbara, no me han sabido dar su etimología; deue ser a modo de los cocodrilos que se crían en el río Niló».

¹² No ha faltado, sin embargo, quien ha señalado como característico de este diccionario el empleo de autoridades, como en el de la Crusca (Quemada, 1968: 223).

¹³ Véase cómo, en el artículo *caymán*, reproducido en la nota 11, la definición, que parecía ya terminada, se reanuda después de haber tocado el tema de la etimología.

¹⁴ Obsérvese, por ejemplo, la sintaxis «orab» de este pasaje del artículo *cacique* (que he reproducido en la nota 6): «los que poblaron el mundo después del diluio, diuidiéndose en la confusión de lenguas al fabricar la torre de Babel o Babilonia, cada nación de las que se apartaron lleuaron consigo algún rastro de la lengua primera»; o la de este otro, del artículo *apócrifo*: «Llamamos libros apócrifos, o por la profundi-

la llaneza con que el autor tiende a expresarse en primera persona, como si el diccionario no fuese sino una charla familiar a propósito de la serie alfabética de las palabras.

No es raro que en dos lugares distintos atribuya etimologías diferentes a una misma voz¹⁵, o que una palabra sea expuesta como étimo de otra que a su vez lo es para aquella¹⁶. En fin, es notoria la desproporción en la extensión de unos artículos y otros, sin que sea siempre perceptible una razón objetiva que la justifique.

Si en todo diccionario, por más que su ideal sea la objetividad, es inevitable una huella de la personalidad de su compilador, en el diccionario de Covarrubias esa presencia no es inevitable, sino *querida*. El severo Nebrija, tan apreciado por Covarrubias en otros aspectos, no es su modelo en esto. Nuestro autor divaga siempre que le apetece, se explaya en la cita de sus eruditas lecturas y de sus clásicos favoritos, cuenta chistes y cuentos, evoca recuerdos personales¹⁷, desliza suavemente su humor malicioso¹⁸, no recata sus opiniones morales

dad de su inteligencia y los misterios que encierran en sí. Estos tales no era permitido a todos leerlos, sino a los prouectos; o llamamos apócrifos a los libros que, aunque en sí contienen buena y sana doctrina, no consta de su particular autor».

¹⁵ Por ejemplo, *calma*, en fol. 175v.º, «puede ser nombre griego, de *kauma*»; pero en fol. 178, «inoré su etimología, aunque algunos dizen ser nombre hebreo». *Alcalá* es de origen griego s.v. *Alcalá*, y de origen árabe s.v. *cala*.

¹⁶ Un ejemplo de esta «etimología mutua» es el de *baldrés* < *baladí* y *baladí* < *baldrés*.

¹⁷ Así, el artículo *camaleón* comienza con estas palabras: «Este animalejo vi en Valencia, en el huerto del señor Patriarca don Juan de Ribera, de la mesma figura que le pintan»; y, tras una extensa cita descriptiva de Plinio, continúa: «Hame parecido poner *ad longum* todo el lugar de Plinio, porque descriue al viuio este animalejo como yo le vi. Pero quanto al grandor deua ser poco más de vn palmo, y le tenían dentro de vna jaula de calandria».

¹⁸ Comentando el refrán *adelante está la casa del abad* (s.v. *abad*), escribe: «Yo pienso que este refrán tuuo origen de los seglares que, llegando a su puerta el pobre o el peregrino, le remiten a la casa del cura como a propia suya [...], y nos hazen buena obra en encaminárnoslos». Y en el artículo *calentar*: «El horno por la boca se calienta. Esto dizen los que en inuierno acostumbra tomar algún bocado y beuer alguna

sobre personas y cosas¹⁹, confiesa su temor de que la vida se le acabe antes que la obra (cf. Riquer, 1943: VIII), hasta reconoce a veces (ineficazmente) la necesidad de moderar su locuacidad²⁰. La humanidad, la simpatía comunicativa y la gracia, insólitas en verdad en el género lexicográfico, han sido siempre celebradas por cuantos han tenido algún trato con el diccionario de Covarrubias.

Sobre la calidad de las etimologías, objetivo central del libro, solo se puede decir que están a la altura del peculiar concepto que en su época se tenía de la evolución formal de las palabras («dixose *calabaça* del nombre latino *cucurbita*, aunque con alguna corrupción, *curbaça*, *cacarbaça*, *cacabaça* y, por la cacofonía, *calabaça*»).

4. ¿Logró Covarrubias su propósito? A pesar de su saber, su trabajo y su ingenio, no parece que sus etimologías hayan sido nunca

vez, para no sentir el frío; y a los que caminan es muy a propósito. Esta doctrina guardan bien los moços de mulas, si no cargassen más de lo necesario».

¹⁹ «Alumbrados fueron ciertos hereges que huuo en España muy perjudiciales, que trahían la piel de ouejas y eran lobos rapaces» (s.v. *alumbrar*). «Mahoma (que nunca huuiera nacido en el mundo) nació en Arabia...» (s.v. *Mahoma*). De los gitanos dice: «esta mala canalla, que tienen por oficio hurtar en poblado y robar en el campo» (s.v. *conde*); «gente perdida y vagamunda, inquieta, engañadora, embustidora» (s.v. *gitano*).

²⁰ Por ejemplo, en el artículo *abeja*, después de haber disertado en dos columnas y media sobre este insecto y los «muchos y diuersos discursos» a que «da ocasión este animalito», dice: «Por no ser largo, referiré tan solamente los versos de Virgilio en que explica el orden que tienen en su vida y exercicio». Y sigue toda una columna más... También merece recordarse lo que escribe en el artículo *candela* tras un largo discurso enciclopédico: «Y porque mi instituto no es tratar las materias *ad longum*, sino tan solamente las etymologías de los vocablos y lo que para ilustración desto es necesario, no me alargó más en esta materia, ni en otras que a cada passo se me ofrecen, porque sería la obra inmensa, y el atreuimiento grande querer yo de propósito tratar y comprehender en un volumen lo que han escrito en muchos los professores de cada facultad; que ni yo tengo talento para ello, ni me puedo prometer vida tan larga que pudiesse, mal o bien, acabarlo». Y después de esta extensa confesión, todavía sigue, en catorce líneas más, la disertación que había dejado cortada. Las páginas posteriores, por otra parte, no dan muestra de que el propósito de enmienda haya sido muy duradero: véanse, por ejemplo, los artículos *cornudo*, *cuerno*, *cuervo*, *elefante*, etc.

muy estimadas, ni siquiera en su tiempo. Notemos que el fino humanista Pedro de Valencia, en la censura que precede al *Tesoro*, no elogia de él sus hallazgos en esa materia, sino el hecho de que «tiene muchas [cosas] muy útiles y está lleno de varia y curiosa lección y doctrina», a la vez que celebra que «de la propiedad, pureza y elegancia de vna lengua se escriua en el tiempo que ella más florece». Y cuando, todavía en su siglo, el erudito Nicolás Antonio escribe una generosa defensa de la obra, tampoco lo hace por las etimologías (1672: II, 279)²¹.

Por otra parte, es bien conocido el juicio adverso de Quevedo sobre este libro, «donde el papel es más que la razón; obra grande y de erudición desaliñada». Y dice esto después de haber manifestado su desdén en general hacia quienes «desentierran los güesos a las voces [...] y dicen que averiguan lo que inventan» (1626: 319).

El *Tesoro*, del que en su primera edición se imprimieron mil ejemplares (Pérez Pastor, 1906: 198), no volvió a publicarse en su siglo sino una vez, sesenta y tres años más tarde, con las pobres adiciones de Noydens (Covarrubias / Noydens, 1674)²². La verdadera valoración de Covarrubias no llega hasta la centuria siguiente, de la mano

²¹ El párrafo dedicado al *Tesoro* lleva en su parte final una adición de las que dejó autógrafas Nicolás Antonio y que se incorporaron en la impresión del siglo XVIII, ya que se refiere a la edición de Noydens, publicada en 1673, después, por tanto, de la primera edición de la *Nova*.

²² A pesar de que, como digo en seguida, el Covarrubias lexicógrafo —no el etimologista— solo un siglo más tarde recibió toda la consideración que merecía, no faltaron pronto colegas perspicaces, fuera de España, que descubrieron y supieron explotar su riqueza; por ejemplo, Lorenzo Franciosini en su *Vocabulario español e italiano* (1620). De las tres veces que se ha editado el *Tesoro* en el siglo XX, una ha sido para bibliófilos (reproducción microfotográfica, Nueva York, Hispanic Society of America, 1927), y las otras dos, como instrumento para los filólogos. En realidad, estas dos se reducen a una sola: la preparada, con prólogo e índice, por Martín de Riquer, Barcelona, Horta, 1943, pues la de Madrid, Turner, 1977, es mera reproducción facsímil de la de 1943, con la particularidad de que esta vez el editor, por lamentable descuido, ha omitido el prólogo, así como toda indicación de que la edición reproducida, incluso el extenso índice final, es obra de Martín de Riquer.

de los fundadores de la Real Academia Española, que lo explotan ampliamente en su caudal y en sus definiciones^{22 bis}. Dice el prólogo del primer *Diccionario* académico:

Es evidente que a este autor se le debe la gloria de haver dado principio a obra tan grande que ha servido a la Academia de clara luz en la confusa obscuridad de empresa tan insigne; pero a este sabio escritor no le fue fácil agotar el dilatado océano de la lengua española, por la multitud de sus voces; y así, quedó aquella obra, aunque loable, defectuosa, por faltarle crecido número de palabras; pero la Real Academia, venerando el noble pensamiento de Covarrubias y siguiéndole en las voces en que halló proporción y verisimilitud, ha formado el *Diccionario* sujetándose a aquellos principios y continuando después debaxo de las reglas que le han parecido adecuadas y convenientes, sin detenerse con demasiada reflexión en el origen y derivación de las voces; porque, además de ser trabajo de poco fruto, sería penoso y desagradable a los lectores, que regularmente buscan la propiedad del significado.

Es decir: cuando por fin se reconoce su gran valor al *Tesoro*, no es por sus etimologías —discretamente desestimadas, como se ve en las últimas líneas—, sino por su aportación lexicográfica pura. Después de la Academia del siglo XVIII, los filólogos de nuestro siglo han apreciado la obra de Covarrubias como un verdadero «tesoro» en sentido distinto del que él pensó: encuentran en él un rico testimonio del léxico usual de los primeros años del XVII, especialmente en el reino de Toledo, así como un abundante archivo de noticias sobre usos y costumbres de la época, de enorme utilidad uno y otro para la comprensión de la literatura del Siglo de Oro.

¿Por qué cayó en el vacío en su tiempo el diccionario de Covarrubias? Tal vez porque no acertó con su momento: porque, por una parte, era una obra pasada, y por otra, una obra adelantada.

Era pasada porque, aunque estaba al tanto del saber de su época y citaba a una serie de autores contemporáneos, el espíritu que la ani-

^{22 bis} [Cf. capítulo 12 de este libro].

maba era más bien el del siglo anterior, el del Renacimiento y la Contrarreforma. A lo largo de todo el libro se percibe la profunda devoción de Covarrubias por los poetas latinos, muy especialmente Horacio, Virgilio y Marcial; por los italianos Petrarca y Ariosto; por el español Garcilaso, y, en menor medida, por el portugués Camoens y el francés Ronsard. De los españoles, el único poeta que menciona contemporáneo de Garcilaso es Castillejo, y el único posterior, Ercilla (a quien llama *Arcila*)²³; como vimos más arriba, no parece haber sido muy aficionado a los «que oy se vsan en la Corte» (cita, en cambio, a bastantes didácticos de todo ese período)²⁴. También es patente su amor a la cultura humanística en la insistencia, ya comentada, con que afirma que su libro está dedicado a los latinistas y no a los romancistas. Y no olvidemos la ya señalada preocupación, típica del Renacimiento, por buscar abolengo ilustre a la lengua patria²⁵ —si bien esta preocupación persistió todavía en época posterior: la revolución gongorina es una de las vertientes de esa tendencia ilustradora—.

Pero decimos que, a la vez, el *Tesoro* se adelantó a su tiempo. Se adelantó en ser un producto cuya necesidad nadie sentía en aquel momento en España: un diccionario del español en español. Hasta entonces el diccionario solo se había concebido y se concebía como un puente entre dos lenguas, bien para el estudioso de las letras clásicas o sagradas, bien para el diplomático, el comerciante o el viajero, bien para el evangelizador de infieles. Existían, sí, algunos vocabularios monolingües, pero todos de ámbito limitado y menguados de tamaño. Covarrubias compone el primer diccionario monolingüe exten-

²³ Fray Luis de León, entonces todavía desconocido como poeta, solo es recordado por *La perfecta casada*.

²⁴ He aquí algunos: Laguna, Arciniega, Jerónimo de Huerta, Monardes, Pineda, Poza, Acosta, Cieza de León, Diego Hurtado de Mendoza, Zurita, Ocampo, Morales, Garibay, Mariana, Argote de Molina, Sigüenza, Castillo de Bobadilla.

²⁵ Cf. P. Guiraud (1963: 24-25), B. Migliorini (1969: I, 503), R. A. Hall, Jr. (1977: 230), R. Lapesa (1980a: 299 y bibliografía citada en 301 nota).

so del español: versa sobre la lengua general y define una cantidad importante de palabras²⁶.

En realidad, el *Tesoro* de Covarrubias es el primer diccionario monolingüe extenso, no solo de España, sino de Europa. Italia, el país de mayor tradición lexicográfica monolingüe en ese momento, cuenta, como obra de mayor alcance, con el *Memoriale della lingua volgare*, de Giacomo Pergamini (1601), de éxito superior, pero de desarrollo inferior al del *Tesoro*²⁷. En Inglaterra, el primer diccionario que se menciona es el de Robert Cawdrey, *A Table Alphabeticall containing the true Writing and Understanding of hard usuall English Words* (1604), que no pasa de 120 páginas y tiene como único objetivo el de explicar palabras «difíciles» (Hulbert, 1968: 16). En Francia se ha afirmado repetidas veces que el *Thresor de la langue françoise* de Jean Nicot (1606) es el primer diccionario propiamente dicho de esa lengua²⁸, cuando realmente no es sino una reelaboración más, sin duda la más rica, del célebre *Dictionnaire françois-latin* de Robert Estienne (1539), y sigue siendo, por tanto, un diccionario bilingüe²⁹, con la particularidad de que *algunas* de las voces, además de su equivalente latino, llevan una explicación en francés.

²⁶ Según mi recuento del índice elaborado por Riquer, son 16.929 (cifra que no corresponde a la de entradas, ya que con frecuencia una de estas incluye, con definiciones, una familia léxica). El número de voces es, sin embargo, inferior al de Nebrija (28.000 en el *Lexicon latino-español*, 22.500 en el *Vocabulario español-latino* (cf. Colón / Soberanas, 1979: 12 nota).

²⁷ «Discreto vocabulario», según B. Migliorini (1975: 44). Cf., del mismo, 1969: I, 503, y 1961: 91.

²⁸ Véanse las opiniones de Ch. Beaulieux y F. Brunot en B. Quemada (1968: 159); cf. también R.-L. Wagner (1967: 109). De este lugar común todavía se hace eco Migliorini (1961: 105). M. Cohen (1967: 441) llega a afirmar que el primer diccionario verdadero del francés es el primero que hizo Nicot, bajo el nombre de Robert Estienne, *Dictionnaire françois-latin* (1573). Sin duda, ha contribuido decisivamente a la idea de que el *Thresor* de Nicot sea el primero de los diccionarios propiamente franceses su mismo título, que por primera vez no alude al carácter bilingüe de la obra.

²⁹ Como tal lo consideran claramente B. Quemada (1968: 159) y G. Matoré (1968: 60). Cf. asimismo P. Guiraud (1963: 46), H. Mitterand (1965: 105) y Chaurand (1977: 90).

Fruto tardío, por un lado; fruto precoz, por otro, el *Tesoro* de Covarrubias tuvo la desdicha de no ser apreciado por sus compatriotas sino cien años después de su aparición; pero, aun entonces, ni siquiera celebrado por lo que fue ilusión y orgullo de su autor — las etimologías —, sino por lo que añadió secundariamente — las definiciones —. Hasta su honroso lugar de adelantado en la lexicografía europea es un récord precario: solo un año más tarde, en 1612, había de publicarse en Venecia el *Vocabolario* de los Académicos de la Crusca, obra maestra que marcaría el rumbo, durante dos siglos, de toda la lexicografía monolingüe en el mundo. Si Cervantes fue un *outsider* en el mundo literario de su tiempo (Marías, 1973: 17), ¿no lo fue más, en la lingüística, su contemporáneo, el autor del primer diccionario del español?